

Memoria y transmisión generacional

Fabiana Bertin

Néstor Aliani¹

Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

Resumen

Este trabajo presenta los interrogantes planteados en el proyecto de investigación en curso, titulado “La adolescencia entre el discurso médico, legal y educativo. Reconfiguraciones del presente”, llevado a cabo en la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Argentina.

S. Freud se hace una pregunta en su texto “Totem y Tabú” (1913/2004), acerca de la necesaria continuidad de la vida psíquica entre las sucesivas generaciones. Esta pregunta es tan actual como hace un siglo. El ensayo intenta articular una respuesta a este interrogante desde las particularidades que se plantean en la actualidad en la vida de los adolescentes.

Nos proponemos pensar la transmisión generacional desde la tensión entre la memoria y el olvido, dado que el modo de encuentro con las propias historias deja huellas psíquicas y afectivas que configuran el presente de cada sujeto.

Palabras Clave: Transmisión generacional, represión, memoria, filiación.

Abstract

This paper presents the questions arisen from our research project “The Adolescence among the Medical, Legal, and Educational Discourse. Current Reconfigurations.”, in progress at the Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales of the Universidad Autónoma de Entre Ríos.

S. Freud asks himself about how is set up the necessary continuity of psychological life through successive generations. This issue is as relevant as a century ago. The essay tries to articulate an answer to this question from peculiarities outlined on the adolescents lives. We propose to think the

¹ Correspondencia: nestoraliani@hotmail.com

generational transmission from the tension between memory and oblivion, because the way people meet with their own stories leaves psychical and affective traces that shapes the present of each individual.

Keywords: Generational transmission, repression, memory, filiation.

La transmisión generacional

...La memoria olvida que la memoria es una función del olvido. El olvido recuerda, tenazmente, la obstinación del recuerdo que se desvanece. El olvido recuerda, intermitentemente, que el recuerdo inventa destruyendo. En el instante de la repetición, alguien puede empezar a leer lo que sabe y a pensar sin pensamientos.
(Ritvo, 2004)

Memoria, olvido, recuerdo... un recuerdo que inventa destruyendo. S. Freud (1913/2004) se esmeraba en destacar que los procesos psíquicos de una generación debían continuar desarrollándose en la siguiente, ya que si esto no aconteciera, cada generación se vería obligada a comenzar desde un principio el aprendizaje de la vida. Freud atribuye a la transmisión generacional una continuidad psíquica que fue objeto de su indagación; y que en la actualidad nos aporta avances de enorme valor interrogativo.

Los primeros supuestos freudianos acerca de la transmisión generacional se apuntalaron en los desarrollos de la “Teoría de la Recapitulación” de Ernst Haeckel (1906/1972), derivada del evolucionismo de Darwin y Lamarck. La teoría de la recapitulación sostenía que el desarrollo ontogénico de cada ser vivo repetía completamente la historia evolutiva de su especie, es decir su filogenia. Conforme un organismo se elevaba desde su simple estado celular atravesaba la misma serie de transformaciones que habían vivido sus progenitores animales durante inmensos períodos de la historia evolutiva. Esta teoría que nace para dar cuenta de la biología y sus fenómenos físicos, se extrapola a fenómenos psíquicos; aún cuando es prontamente refutada, inclusive por los avances del psicoanálisis, deja un interrogante acerca de la permanencia de una historia.

S. Freud (1930) nos alerta de que posiblemente su hipótesis sea demasiado osada, sin embargo no cesa de insistir en la permanencia de restos que se conservan en nuestra vida psíquica:

Quizás hemos ido demasiado lejos en este supuesto. Quizás debimos conformarnos, con aseverar que lo pasado puede persistir conservado en la vida anímica, que no necesariamente se destruirá. Es posible, desde luego, que también en lo psíquico mucho de lo antiguo -como norma o por excepción- sea eliminado o consumido a punto tal que ningún proceso sea ya capaz de restablecerlo y reanimarlo, o que la conservación, en general, dependa de ciertas condiciones favorables. Es posible pero nada sabemos sobre ello. Lo que sí tenemos derecho a sostener es que la conservación del pasado en la vida anímica es más bien la regla que no una rara excepción (Freud, 1930/2004, p. 72).

Alejados de las teorías biologists donde un gen es responsable de todo, planteamos que esta conservación del pasado es asegurada por una disposición psíquica, que al someterse a ciertos estímulos en la existencia individual se despliega produciendo particularidades en la vida de cada sujeto.

El problema se nos muestra aún más intrincado cuando reconocemos que hay hechos psíquicos susceptibles de sucumbir a una represión. Las más intensas represiones se organizarían en torno a una huella (*spur*), la marca de una supresión dejando tras de sí formaciones sustitutivas deformadas. Estas representaciones deformadas se asocian en un intento de significar aquella huella de lo sustraído generacionalmente y encuentran en la vida de los sujetos la vía para determinar sus reacciones. Esto es lo que en psicoanálisis nombramos como repetición y que indefectiblemente se hace presente en la conformación sintomática.

Todo parece indicar que lo transmitido por nuestros antepasados está dado en una palabra, una frase o un objeto; sin embargo también lo no dicho, eso de lo que nada se quiso saber y que en vano se intentó suprimir; no se podrá evitar que compulsivamente retorne a su debido tiempo. Como lo planteaba J. Ritvo (2004) en nuestro epígrafe “...en el instante de la repetición, alguien puede empezar a leer lo que sabe y a pensar sin pensamientos.”

Habremos de admitir, como lo han hecho otros autores (Kaes, 1996), que ninguna generación posee la capacidad de ocultar a la siguiente hechos psíquicos de importancia. El psicoanálisis nos ha enseñado que el hombre posee una actividad inconsciente capaz de interpretar las reacciones de los demás; esto es, rectificar y corregir los influjos que sus semejantes imprimen en la expresión de sus impulsos afectivos. Estas interpretaciones inconscientes intentarían significar a través de un proceso primario del aparato psíquico, las impresiones precoces que provinieron del encuentro con aquellas personas que nos recibieron en el advenimiento a la vida, nuestros padres. Estos restos mnémicos inconscientes nos demuestran en la experiencia clínica, que las personas no solo actuarían por motivaciones vivenciadas por ellos mismos, sino también, por fragmentos de una herencia arcaica. En tal caso tendríamos que preguntarnos ¿en qué consiste esta herencia, qué contiene y cuáles son las pruebas de su existencia?

Si el cachorro humano adviene a una existencia cultural es por el impulso que le imprime el deseo de un Otro originario de que viva, y no solamente como un organismo vivo, es deseado como “alguien”. Existimos a la vida superando nuestra prematuración biológica por el necesario auxilio externo de un Otro que tranquilamente podría no habernos engendrado biológicamente. Pero sí, deberá reconocernos como parte de sí mismo, como extensión de su narcisismo y como partícipes de su herencia en la que está obligado a iniciarnos. Esta actitud primera de reconocimiento de ese ser vivo como hijo, viene acompañada de la transmisión de costumbres, ceremonias, prescripciones y creencias que pueden haber sido tanto reconocidas, como suprimidas en las generaciones anteriores y aun así producirán efectos en las generaciones sucesivas.

Aclaremos la relevancia como humanos de ser acogidos por alguien, pero en el primer encuentro entre ese que nace y quien lo recibe se presentifica una imagen de radical extrañeza. Cada quién nace objeto capitalizado, nos dice P. Legendre (1996) imagen de alguien; pero aun así cada quien nace otro, radicalmente otro. Para poder hacer amable esa imagen otra, y que se expresara en su radical violencia especular, deberá convocar esas huellas del pasado. Por esta razón es muy común observar cómo cuando un niño nace, automáticamente todos los que lo reciben, desde sus padres hasta conocidos, intentan encontrar los parecidos (fisi-

cos, intelectuales, emocionales, etc.) que filiarían a este niño con sus progenitores y antepasados.

La filiación

*Me nutrí espiritualmente de un aserrín de
madera que, para colmo miles de bocas ya
habían masticado para mí
(Kafka, 2008).*

Decíamos entonces que el niño por su prematuración accede a una imagen totalizadora gracias a un Otro que lo convoca metafóricamente en su deseo. Requiere de este Otro, se funde en él, pero debe distanciarse para que no lo destruya. La imagen no es solo visual, es su potencia simbólica la que impide que nos perdamos en ella y a posteriori dará fundamento al advenimiento ley.

El lazo filiatorio es paradójico e involucra las relaciones del sujeto a la alteridad. Al mismo tiempo que pone en juego una continuidad (ligadura), requiere de discontinuidad (desligadura). Somos hijos y como tales nos nutrimos de una herencia ya muy “masticada” por otros, pero necesitamos hacerla nuestra. Es necesario, como lo sugiere (Freud, 1913/2004, p. 159) cuando utiliza las palabras de Goethe, apropiarse de esa herencia: “lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerla”. La paradoja podría reducirse cuando el sujeto en su intento de dar respuesta se posiciona de uno de los dos lados. Por ejemplo, al modo de la autofundación (desligadura) “yo me hice solo” o en el polo contrario, donde lo que prima es la imposibilidad de sustraerse del Otro. Notamos aquí que la clave alude a dos caras, heredar y poseer; y a dos operaciones, alienarse y separarse.

¿Cómo hacer propia esta herencia? Instituirse como humano implica asumir la lógica falo-castración. El todo o nada de una ligadura total o una desligadura absoluta, nos enferma. El sujeto marcado por la castración no se toma por el “todo” megalómano ni se pierde en la “nada” melancólica. Se ubica como mortal y sexuado dentro de una especie. Al instituirse como humano, el sujeto entra en la división poniendo en escena algo del orden de eso suprimido u olvidado de lo que hablábamos

en el punto anterior. Como lo remarca Pierre Legendre (1996), cada sujeto lleva la marca de la cicatriz genealógica que lo remite constantemente al sacrificio de la omnipotencia, reconociendo de este modo su lugar en la especie. La genealogía funciona impidiendo que el sujeto humano caiga en lo absoluto, reduzca la paradoja y se vuelva loco.

Como intentamos describirlo en párrafos anteriores, la transmisión no se funda en un contenido sino ante todo en un acto, el acto de transmitir que se repite a través de las generaciones. Pero esta transmisión es primariamente un reconocimiento mutuo y esto es lo que J. Lacan (1975) encuentra como fundamento último de toda la comunicación humana; ser reconocidos y movilizadas por una demanda de amor.

Entonces, si nuestra identidad no está dada por un gen, ni por nuestra sangre, ni por la marca de los rasgos fisonómicos, ¿dónde me reconozco como siendo yo, dentro de un orden filiatorio?

La posibilidad de ser nombrados y reconocernos en esa nominación es la que nos habilitará a ser enunciadores de nuestro propio deseo. La nominación es donde nos encontramos con el carácter simbólico de la expresión “la voz de la sangre”. Esa voz que suele hablar de un llamado a la identidad, que no se resuelve en la soledad, sino que siempre requiere de un Otro. Para entrar en un linaje, es preciso que el sujeto se desgarre del amor por su imagen (narcisismo) para dirigirse hacia otra parte (ideales). El espejo brinda inicialmente esa unidad ante la fragmentación y hace amable a la imagen propia. Pero esto no ocurre en la soledad de un desarrollo individual y etario como lo pensaron las teorías desarrollistas o biologicistas. Acontece siempre que sea factible poseer lo heredado.

La herencia

Cada uno de nosotros es, de algún modo, todos los hombres que han muerto antes. No solo los de nuestra sangre.
(Borges, 1974)

Uno más uno no siempre es dos. En psicoanálisis podemos decir que uno más uno, es otro. Y aquí, ya somos tres como en la composición edípica. En la trayectoria edípica inevitablemente diferimos, hacemos diferencia.

Es trabajosa la labor que les compete a los padres cuando su rol los conmina a transmitir diferencia, a ser donadores de una ley de separación.

La herencia es un regalo, un don, que no vale por su contenido aunque muchas veces contenga importantes valores materiales, sino por su valor de reconocimiento de uno por otro, por su valor de ofrenda de amor pero principalmente por su imposibilidad de que entre en el plano una transacción común (ni sé lo que te doy, ni sabes lo que me debes). Para que haya don, nos dice Derrida:

...no sólo es preciso que el donatario o el donante no perciba el don como tal, que no tenga ni conciencia, ni memoria, ni reconocimiento de él; también es preciso que lo olvide en el momento mismo, e incluso que dicho olvido sea tan radical que desborde hasta la categorialidad psicoanalítica del olvido (Derrida, 1991).

Hablar de don nos lleva a pensar en esta ley de separación, de prohibición del incesto que rompe con todas la ilusiones míticas de hacer uno, de dar consistencia a la totalidad, de pensar que es posible hacer uno con el otro. La transmisión de la herencia generacional que nos hace humanos está dada por la capacidad de ser pasadores, dadores de la posibilidad de diferir.

Cuando nos referimos a la transmisión, es elemental no confundirnos con la carga que el uso corriente suele darle a esta palabra como pasaje de información. La transmisión en psicoanálisis no es de contenido, sino que aludimos a una pura forma. En eso que se dice, hay algo más allá de lo que se dice. Transmitir, nos dice el diccionario es pasar, ceder..., pero, ¿qué? Los restos de una historia que recortan su propia falta, un relato filiatorio que al mismo tiempo que nombra no consigue decir todo de quien se inscribe en él. Se transmitirá un nombre que deberá reconocerse en su valor signifiante, es decir, no coagulado en un sentido. Un nombre que representará a un sujeto entre otros nombres, y del cual pueda valerse para una nueva significación de su deseo.

La salida del complejo de Edipo deja como herencia la instalación del complejo de castración. Cuando pensamos la adolescencia, planteamos un momento de reedición edípica, es decir un momento crucial en torno a la necesidad de separarnos de aquellos de quienes recibimos nuestra vida.

Si es en el acto de heredar que aceptamos que “somos”, vale la pena revisar el problema de las herencias. Tanto el cine como la literatura – por no hablar de la psicopatología- nos describen muchos casos donde la herencia no hace más que endeudarnos eternamente, embarcando a más de un protagonista en las artimañas de una dudosa economía que se la pasa rindiendo cuentas.

En el film alemán “La ola”, un grupo de adolescentes en el encuadre escolar se muestran agotados de la insistencia de sus docentes en trabajar hechos del nazismo. Las imágenes muestran el cansancio ante algo supuestamente muy sabido, pero el desarrollo de la película nos muestra que la inscripción de los hechos en cada uno de estos jóvenes y el docente, se da de una manera muy particular en función de eso “no sabido”, “no dicho” que forma parte de sus herencias.

La masa revive esa particular identificación que eleva a alguien al plano de ideal y al mismo tiempo le otorga a sus integrantes, un lugar en ella. El docente encarna al líder y despierta en cada uno de esos adolescentes una parte de su herencia arcaica (que trasciende al nazismo) y que los mueve a tomar una actitud pasiva masoquista respecto de este padre omnipotente y peligroso (el líder como el padre de la horda primitiva). La película muestra que los excesos que se creían superados se podrían volver a cometer y que cada uno de estos jóvenes se anuda de una manera en particular con la masa, en función de la tramitación que ha podido hacer de su propia herencia.

La superación del complejo de Edipo coincide, como dice Freud, con un dominio más adecuado de la herencia arcaica del hombre. Lo que se heredaría es un lugar en la castración del Padre, la posibilidad de existir en una actividad deseante gracias al reconocimiento de la falta.

En el film observamos los vanos intentos de reducir la paradoja del lazo filiatorio. Por un lado se ve el interés de posicionarse en el plano de la autofundación no queriendo saber nada de su historia; y por el otro se muestra cómo rápidamente los jóvenes caen en la ilusión de creer en la posibilidad del uno, de la masa, de esa ola que todo lo arrasa. Por ello, observamos que no hay identidad sin el reconocimiento de una alteridad fundante, aquella que me recuerda que no hay un sentido que me representa totalmente en el campo del Otro, que no hay hechos psíquicos que una generación podría negar, desconocer u obligar a no olvidar a otra y

que esa herencia que nos hace hijos, nos hará seres fecundos de un legado en el momento que nos habilitemos como padres.

Referencias

- Borges, J. L. (1974). *El inmortal*. Obras Completas. Bs. As: Emece.
- Derrida, J. (1991). *Dar (el) tiempo. I La falsa moneda*. Bs. As: Paidós.
- Freud, S. (1930/2004). *Malestar en la Cultura*. Obras completas tomo XXI. Bs. As: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/2004). *Totem y Tabú*. Obras Completas Tomo XIII. Bs. As: Amorrortu.
- Haeckel, E. (1906/1972). *El origen del hombre*. Barcelona: Anagrama.
- Kafka, F. (2008). *Carta al padre*. Bs. As: Gradifco
- Lacan, J. (1993). *El yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Seminario II. Bs. As: Paidós.
- Lacan, J. (1975). *El estadio del espejo y su función en la constitución del yo*. Escritos I. Bs. As: Siglo XXI.
- Legendre, P. (1996). *El inestimable Objeto de la transmisión*. México: Siglo XXI.
- Ritvo, J. B. (2004). *Del Padre. Políticas de su genealogía*. Bs. As: Letra Viva